

PATRIMONIO POLÍTICO

La transición no es patrimonio de Suárez o González. El portavoz del Gobierno, mirándonos a los ojos, lo ha dicho con solemne gravedad: ¡es patrimonio de todos los españoles! Este original descubrimiento me desconcertó. Yo no sabía aún que la transición concebida como cambio en el modo de estar político o como período de la historia, pudiera ser algo patrimonializable. Pero bien pensado, caí en la cuenta de que el portavoz del Gobierno tenía, por conciencia de su cargo, toda la razón. Puesto que patrimonial es todo aquello que nos pertenece por razón de la patria. Incluso el deshonor. La dictadura de Franco, concebida como cambio en el modo de estar republicano, y como fase de la historia de España, también fue patrimonio de todos los españoles. Pues patrimonio, a diferencia de matrimonio, es la carga del padre o de la patria. La transición es una carga oficial que pesa sobre los españoles, como ayer pesaba la de la dictadura. Que esta carga sea un cargo bendito para unos y un fardo maldito para otros, eso no quita un adarme de verdad al hecho de que sea nuestro patrimonio nacional.

Los regímenes políticos son oficios o ministerios patrimoniales. Y la comunidad de patria hace que el patrimonio político nacional sea, para bien o para mal, carga y propiedad indivisa de todos los españoles. Aquí no cabe hacer distinciones con los nacionalistas separatistas. Todo español, por el sólo hecho de serlo, participa en una cuota parte del patrimonio político de la transición. En esa masa patrimonial —de activos y pasivos civiles, derechos y deberes políticos, cargos públicos y cargas privadas—, el tema de la justicia distributiva no depende, como en el mundo civil, de la autonomía de la voluntad privada. A diferencia de lo que puede hacer el partícipe de una masa hereditaria sobrecargada de deudas, los disidentes de un patrimonio político no tienen poder de renunciarlo, como cree Eta, ni de aceptarlo a beneficio de inventario, como quiere el nacionalismo gobernante en Cataluña y País Vasco. El patrimonio patriótico es tan insoslayable como el destino en la tragedia griega. Sin cambiar colectivamente de régimen, nadie escapa de su cuota en la patria que lo esclaviza o humilla. Pero los gobernados son libres de hacer lo que pocos hicieron con su cuota-parte franquista. Combatir la falta de libertad, la mitomanía y la inmoralidad del Estado de Partidos con rebeldía denunciadora de la impostura política.

Como en la mitómana transición no es posible decir oficialmente una verdad moral, la frase abstracta del portavoz del Gobierno encierra un concreto sentido mentiroso: atribuirnos a todos la obra política de la transición. Y eso sí que no. El real grupo constituyente, la docena de personas instaladas en los cargos decisivos del Estado y en las jefaturas de los partidos de oposición a la dictadura, ejecutaron los diseños trazados para Espa-



ña por el departamento de Estado de EE UU y el gobierno alemán de la socialdemocracia. Y su obra, la oligarquía partidista en lugar de la democracia formal, no fue fruto de una acción común de los españoles ni de su aún hoy inexistente libertad colectiva. Engañado por los signos de apertura y forzado por su hábito de servidumbre, el pueblo no deliberó más que sobre la ruina de sus ilusiones sin realidad y de sus miedos sin fundamento. Se limitó a refrendar lo decidido, en sombras palaciegas, por los jefes de esa décima parte «eschigaleuschina» de la sociedad civil, que Dostoievski pintó antes de que subiera al Estado español un siglo después. Una aristocracia del demérito con derecho al deshonor, experta en delitos y calumnias, que destaca sobre la igualdad que causa el rebajamiento de las costumbres cuando se oculta la verdad. La transición era cosa de carismas infantiles de partido. No de talentos de estadista, ni de la libertad política de todos.

Antonio GARCÍA TREVILIANO

INFORMACIÓN PRIVILEGIADA

Llama poderosamente la atención de Juan Bravo la «suerte» de Barak, el primer ministro israelí, que acaba de ver morir a su principal oponente justo después de haberse retirado del sur del Líbano. Resulta que en lugar de haber sido derrotadas las tropas hebreas por los guerrilleros de Hizbolá, Israel se encuentra ahora en una posición mucho mejor para negociar en el mapa del próximo oriente.

Pero tanta suerte tiene explicación. Si se consulta al espía, se obtendrá la respuesta más lógica: Barak, que había prometido retirarse del sur del Líbano y acabar con una guerra impopular en Israel, recibió información precisa de sus siempre eficaces servi-

cios secretos, que le advirtieron del grave deterioro de la salud de Hafez al Asad, y del peligro de muerte inminente.

Corría prisa por adelantarse en el tablero estratégico y no hubo tiempo para nada: ni para marcharse de forma ordenada y «digna» ni para dar un plazo adecuado a sus aliados en el terreno, las milicias libanesas, que quedaron abandonadas a su suerte.

Se explican ahora, con la muerte de Asad, los motivos de tanta celeridad en abandonar el sur de Líbano y en preparar una nueva estrategia para negociar el futuro de los Altos del Golán.

JUAN BRAVO



PANDORA, LA TV Y EL ORDENADOR

«Si conseguimos que en los pueblos más pobres haya un ordenador y una impresora, podrán conectarse con el Internet y, a través de la red, leer la Enciclopedia Británica. Entonces el problema de la cultura quedará resuelto». No es un chiste, semejante acumulación de disparates ha sido pronunciada, según nos ha informado la prensa, por el Sr Clinton, en un reciente encuentro internacional entre los grandes gerifaltes mundiales, siempre preocupados por resolver los problemas del Tercer Mundo sin sacrificios, más bien aumentando los beneficios del Primero con la venta de su cacharrería.

El actual director, no del concierto de las naciones, sino del desconcierto mundial, si tal información es fidedigna —y debe serlo pues es difícil que las mentes periodísticas más imaginativas inventen tales dislates— ignora, en primer lugar, el problema del analfabetismo, que si en EE.UU alcanza un diez por ciento de la población, resulta masivo en el Tercer Mundo. Pero, además, cree que todos los habitantes del planeta conocen la lengua inglesa, y, finalmente, parece convencido de que la cultura está encerrada en la Enciclopedia Británica. No es mi intención insistir en estos obvios dislates, sino



más bien, proseguir algunas reflexiones de ya anteriores artículos sobre el carácter millagroso, de panacea universal que las nuevas tecnologías están alcanzando en ciertas mentes. Y se concreta en la adoración reverencial a sus objetos,

que, cuando adquieren forma de cajas, como la unidad central de un ordenador o un procesador portátil, se convierten en cajas mágicas, a quienes tributar el culto que los fieles católicos rinden al Sagrario. Al respecto se me ocurre pensar en el valor, función y simbolismo de muy diversas «cajas» que han recorrido tanto la fantasía como la historia humana. Dejemos para otra ocasión algunas de ellas, tan importantes como las «cajas fuertes», las cajas de música o aquella jaula en que fue encajonado nuestro señor Don Quijote. Y recordemos en los orígenes de nuestra tradición occidental, la famosa caja de Pandora, típico mito de la imaginación patriarcal, cuya apertura por la curiosidad femenina desató los males de nuestro mundo en ella encerrados. Algo que en magnificadas dimensiones recuerda no tanto la curiosidad como la avaricia de los súbditos de Odiseo —esta vez el mito pasa a ser clasista— cuando destaparon el odre de los vientos.

Pero, saltando de los tiempos griegos a los actuales, hemos visto la aparición de dos poderosas cajas, que, reproducidas abundantemente por la industria, ocupan un lugar cada vez más importante en los hogares de nuestra época, y guardan estrecha relación con la curiosidad, ya no puramente femenina, sino genéricamente humana. El receptor de televisión y la aludida unidad central y operativa del ordenador. La primera se encuentra mucho más extendida en el conjunto del planeta. No ha dejado de sorprenderme contemplar en poblados de países en vías de desarrollo —según el habitual y capcioso eufemismo tecnocrático para la pobreza— la coronación de modestísimas viviendas, casi chamizos, por una orgullosa antena parabólica, dispuesta para que avezados políglotas puedan seguir programas de remotos países. En realidad, bajo su apariencia inofensiva encubre una poderosa arma de poder, troqueladora de las conciencias. Pero, a pesar de semejante poderío, se ha ido deslizando por la pendiente del desprestigio. Hasta el extremo de haberse ganado el apelativo de la «caja tonta».

E, inmediatamente, como el soldado que ocupa el lugar del camarada herido ha sido relevada por el ordenador. Admirémos el pequeño objeto que han devenido al servicio del usuario actual aquellos enormes cerebros electrónicos posteriores a la II Guerra Mundial. A través del Internet nos conecta esta cajita con el mundo de remotos internautas y, además, con toda la cultura. Encerrada en minúsculo espacio y facilísima de alcanzar, pues basta con pulsar botones y mirar una pantalla. ¡Pobre Paidia griega, pobres mandarines esforzándose largos años, rancias universidades, cuyas raíces se hunden en la Edad Media! Cómprese un ordenador y automáticamente asciende al rango de persona culta, sólo con tenerlo encima de su mesa. Véndaselos a los pueblos más empobrecidos y nuestro Planeta será todo él una nueva Atenas. Al menos es lo que piensa el presidente del Imperio.

Carlos PARÍS